

TEMPO

TEMPO

José Manuel Mariscal

Primera edición, marzo 2017

© José Manuel Mariscal, 2017

© Triskel Ediciones, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-946389-6-1



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Prólogo:	
1984.....	9
Primera Parte:	
2007.....	14
Segunda Parte:	
2005.....	37
Tercera Parte:	
2013.....	63
Cuarta Parte:	
1985.....	89
Quinta Parte:	
2019.....	124
Epílogo:	
2007.....	155

PRÓLOGO

1984

La pequeña Cata estaba sentada en el asiento trasero del coche de sus abuelos con gesto enfurruñado. Los dos últimos días habían sido para ella una absoluta pesadilla. Desde el momento en que su madre parecía haberse orinado a lo bestia en medio del salón de casa todo se precipitó. Su padre le cogió el rostro entre ambas manos y le anunció con alegría que la hermanita ya venía. Una escena muy parecida a aquella que ocho meses antes había acontecido cuando tanto él como su madre, aún delgada, le anunciaban con una sonrisa de oreja a oreja que iba a llegar un nuevo bebé a la casa.

Sus padres estaban obviamente felices por el acontecimiento, y Cata podía notar que querían que ella estuviera igual de contenta ante la recepción de la noticia, pero la cría no podía entender el porqué. Para ella no significaba nada todo aquello en ese instante, y de hecho le había molestado que hubieran interrumpido los juegos que desarrollaba en su habitación para contarle aquello. Esbozó una sonrisa porque sintió que era lo que sus progenitores querían. De hecho, en cuanto mostró los dientes, la alegría de su padre se hizo más visible y le acarició el pelo en un gesto cariñoso.

La indiferencia que provocó la noticia en Cata se convirtió en desagrado con el paso de los meses. Todo lo que se hacía o se hablaba en la casa durante el embarazo de su madre

estaba enfocado en el bebé. La estancia que dedicaban a almacenar trastos viejos, y que Cata usaba para jugar en muchas ocasiones, fue reformada para convertirse en la habitación del bebé. Cada pocos días su padre se sentaba muy serio con ella y le comentaba que a partir de ahora sería la hermana mayor y debería ser más responsable y cuidar de su futuro hermano. El colmo fue cuando la profesora elogió enormemente en el colegio un dibujo que había realizado representando a su familia y ella, al salir del centro y encontrarse con su padre que había ido a recogerla, lo contó emocionada. La respuesta de su padre fue que el dibujo estaba muy bien pero que sólo salían ellos tres, que en poco tiempo ese dibujo iba a estar incompleto, habría una personita más en la familia.

A Cata cada vez le gustaba menos la idea de que hubiera un bebé en la casa. En el colegio oyó a una compañera decir que su madre también esperaba un bebé, pero que al final algo salió mal y no llegó a ocurrir. Se alegró pensando que quizá no fuera inevitable, que podía haber una esperanza de que siguieran siendo para siempre su padre, su madre y ella.

Y ya había llegado el momento. Dos días antes de aquel viaje en el asiento trasero del coche de los abuelos, estaban los tres sentados en el salón de casa viendo una serie de dibujos animados que a Cata le estaba gustando mucho, cuando su madre se quejó de unos dolores repentinamente. Se levantó del sofá y, por debajo de su vestido, surgió una enorme cantidad de líquido. Según pudo entender Cata, la señal de que el bebé ya llegaba era que la madre se hiciera una ingente cantidad de pis encima.

Su padre debía llevar a su madre al hospital y, por alguna razón, no estimaba conveniente que Cata fuera con ellos. Habló por teléfono con los abuelos y les dijo que por favor vinieran a recogerla, que estaría en casa de los vecinos. Sus

padres la dejaron con estos en el piso de al lado esperándoles mientras marchaban al hospital.

Al poco rato su abuelo vino para que se quedara con ellos en su casa mientras todo terminaba. No le gustaba ir con ellos a su casa, y la idea de ir sin sus padres menos todavía. Eran unas personas muy mayores, cuyo domicilio estaba lleno de objetos antiguos que debían valer mucho dinero, porque siempre le estaban diciendo que no los tocara. Le imponían tantas prohibiciones allí que al final no le quedaba otra que sentarse a esperar que terminara la visita mientras el aburrimiento la embargaba.

Cuando llegaron, su abuela la recibió con alegría y le dio dos besos en las mejillas con mucha efusividad. No le gustaba que lo hiciera, su abuela tenía en la barbilla una verruga con la que le pinchaba al besarla. Además, lo primero que le dijo tras hacerlo fue si estaba nerviosa con la llegada de la hermanita. Cata se limitó a pedir un vaso de agua, pese a que no tenía sed.

Dos días duró la estancia en casa de los abuelos y fue tortuosa. Hubiera preferido quedarse con los vecinos, ya que así podría compartir juegos con la hija de estos. Era algo mayor que ella, pero muy simpática y divertida. En las ocasiones en las que había podido estar con ella en su habitación se lo había pasado muy bien.

En casa de los abuelos no había nada con lo que jugar, amén de las restricciones de no poder tocar nada. La casa estuvo tremendamente silenciosa, ya que durante la mayor parte del tiempo sólo uno de ellos se encontraba allí. Se iban alternando, uno iba al hospital y otro se quedaba con ella.

Sus dos días con los abuelos se limitaron a ver aburridos programas de televisión y a oírles contar historias sobre su vida que no le interesaban, y que en muchas ocasiones hacían referencia al nuevo nacimiento. Sus abuelos le

Tempo

contaron, cada uno por su lado y a su manera, qué ocurrió el día que ella nació, así como los nacimientos de su madre y cada uno de sus tíos. Exceptuando la historia de un tío suyo que había nacido antes de tiempo y de nalgas, siendo todo tan repentino que no dio tiempo a llegar al hospital y nació en casa, el resto de relatos eran todos iguales. Y para colmo los tuvo que escuchar por duplicado.

Le comunicaron que todo había salido perfectamente, que tanto su madre como su hermana estaban bien, y le dijeron que pronto llegaría el momento de ver al nuevo bebé, haciéndolo con aquella sonrisa que todos los adultos ponían cuando hablaban con ella del tema, y que parecía querer contagiarla de una alegría que Cata no terminaba de entender.

Tras dos días con ellos, los abuelos le anunciaron que había llegado el momento de volver a casa. Allí esperaban sus padres con el bebé recién nacido. No le gustaba la idea de que, a partir de ahora, tuviera que compartir sus cosas con otra niña, pero en ese momento concreto se alegró de volver a su casa donde estaban sus cosas, y no tener que quedarse en aquel domicilio aburrido con aquellas dos personas tan mayores y poco divertidas.

Su padre la recibió con un gesto de enorme felicidad y le dio un abrazo fortísimo y dos besos en las mejillas. Acto seguido, sin preguntarle siquiera cómo había estado durante el tiempo en que no habían podido verse, le preguntó si quería conocer a su hermana. Ella, tras dudar durante un segundo, asintió con la cabeza. No es que le hiciera especial ilusión, pero tras tanto tiempo oyendo hablar del bebé que venía había crecido en ella la curiosidad, y por supuesto sabía que era lo que su padre quería.

Este la cogió de la mano y la acompañó por el pasillo hasta el cuarto que habían adaptado para que fuera la habitación

del bebé. Allí, junto a la cuna, se encontraba su madre, sonriendo ampliamente.

Cata se acercó y se asomó por encima de la cuna. Pudo ver un sonrosado bebé que dormía. No notó grandes diferencias respecto a otros bebés que había visto, pese a lo que habían insistido sus abuelos diciéndole que su hermana era muy bonita. Su madre se la presentó.

—Cata, esta es tu hermanita Natalia.

A Cata el bebé le despertaba más curiosidad que ternura u otro sentimiento. Ver su cabeza con tan poco pelo y tan redondita y sonrosada le llamó la atención y alargó la mano para acariciarla. De repente su madre le agarró la muñeca, haciéndole daño.

—Ten cuidado, es muy delicada.

Cata la miró con los ojos muy abiertos. La había asustado y le había hecho daño en la muñeca. Su madre se dio cuenta.

—¿Te he hecho daño? Perdona, Cata. Si quieres, puedes acariciarla, pero ten cuidado.

Cata miró al bebé. Luego a su madre. Se sintió enfadada.

—No quiero.

Acto seguido salió del cuarto del bebé y se dirigió al suyo esquivando a su padre, que se encontraba en la puerta.

PRIMERA PARTE

2007

1

El dueño del local les había dicho que, si querían tocar allí esa noche, debían hacer la prueba de sonido por la mañana. Era un bar de copas de dos plantas, y la de arriba había sido habilitada para que allí se pudieran dar pequeños conciertos. El dueño era amigo de un amigo del bajista, y le habían convencido de que les permitiera tocar allí una noche. Sin embargo, durante el día, el local era un bar de copas normal, y el dueño no quería a nadie haciendo pruebas de sonido que pudieran molestar a los clientes que no hubieran ido expresamente allí en noche de concierto a escuchar al grupo musical en cuestión.

Andrés, el solista y primera guitarra, y Dani, segunda guitarra, eran amigos desde que se sentaban en el mismo pupitre del instituto. Sus respectivos padres habían sido también amigos desde siempre, siendo ambos muy melómanos. Sus hijos heredaron tanto la amistad familiar como la afición por la música, especialmente el *rock* que se hacía en Argentina, ya que el padre de Dani era natural de Rosario, y le había mostrado al de Andrés todo lo que se creaba en el país latinoamericano.

Contagiados de este entusiasmo por el *rock* argentino, Andrés y Dani se juntaban para tocar a la guitarra canciones de Andrés Calamaro (el favorito del primero, quizá porque compartían nombre), Charly García y tantos otros. Con el tiempo conocieron a Alfonso, que compartía aficiones con

ellos y sabía tocar el bajo. Con su incorporación empezó a tomar forma la idea de montar un grupo de música que versionara temas de los músicos que idolatraban, al que bautizaron con el nombre de Albiceleste. Mediante amigos comunes del uno y el otro completaron la banda con Jorge, a la batería, y Joaquín, al teclado.

Ya habían dado varios conciertos, obviamente en salas pequeñas como grupo *amateur* que eran, consiguiendo lo que ellos sentían como un éxito. El público, en gran parte amigos, pero también compuesto por un buen número de aficionados a la misma música que ellos, parecía disfrutar y ellos se sentían como auténticas estrellas del *rock* durante el rato que se encontraban sobre el escenario.

Habían pasado bastante tiempo preparándolo todo para el concierto de la noche. Era el momento de hacer la prueba de sonido. Tras dar la señal Jorge con las baquetas empezaron a tocar los primeros acordes de *Alta suciedad*. Apenas había cantado Andrés un par de líneas de la letra de la canción cuando sintió una vibración en su bolsillo. Le estaban llamando al móvil. Con un gesto detuvo a sus compañeros, que dejaron de tocar con cierto disgusto por la actitud de su compañero. Andrés bajó del escenario y respondió a la llamada.

—¿Sí?

—Hola, Andrés, ¿a qué hora me dijiste que era vuestro concierto?

—A las nueve. ¿Vas a venir al final?

—Sí, al final mi amiga me ha dejado tirada, y la verdad es que me has insistido mucho y te prometí que iba a ir a un concierto vuestro en algún momento así que, bueno, creo que puede ser un buen plan para esta noche.

Andrés sonrió.

—Te lo vas a pasar bien, ya verás.

—Eso espero.

La voz de Dani sonó detrás de Andrés.

—Andrés, es para hoy. El local abre dentro de media hora y tenemos que haber terminado la prueba de sonido para entonces.

La chica al otro lado del teléfono escuchó a Dani.

—Bueno, te dejo, que veo que tu amigo te mete prisa.

—Sí, es que estamos con la prueba de sonido. Entonces nos vemos esta noche, ¿no?

—Sí, claro, allí estaré. Un beso, Andrés.

—Un beso, Paloma.

Andrés colgó el teléfono con una sonrisa de oreja a oreja. Al volverse se encontró a Dani mirándole con gesto irónico.

—Lo has conseguido al final, ¿no?

—Eso parece. Venga, vamos, el concierto de esta noche tenemos que clavarlo.

2

La discusión entre Dani y Andrés iba subiendo de tono.

—Lo hacemos así, no vamos a cambiar para que puedas ligarte a una tía.

—¿Por qué sois tan reticentes? Sólo es un pequeño cambio.

Discutían el orden de las canciones durante el concierto. Habitualmente siempre usaban el mismo, cerrando con el tema *La banda de Rock and Roll*, de Ratones Paranoicos, pero Andrés estaba empeñado en, única y exclusivamente para el concierto de aquella noche, cerrar con la canción de Andrés Calamaro llamada *Paloma*. Su intención era obviamente la de impactar a la chica que iba a ir a ver el concierto, llamada también Paloma.

—No es un cambio justificado.

—Siempre estás hablando de cambiar el repertorio.

—Me refiero a meter canciones nuevas, modificar realmente el orden de las que ya tocamos, no pasar un tema desde la mitad del repertorio hasta convertirlo en el de cierre, y sobre todo, no hacerlo porque te hayas encaprichado de una chavala.

Andrés empezaba a notar hervir su sangre. Dani llevaba razón y ambos lo sabían, por lo que no tenía argumentos reales para convencerle. Evidentemente *La banda de Rock and Roll* era mucho mejor tema que *Paloma* para cerrar, no podía discutir eso. Una canción con más ritmo, para acabar en alto, y un elogio a la amistad y camaradería dentro del propio grupo. Era por eso por lo que habían decidido finiquitar los recitales con ella en su momento, estando todos de acuerdo por unanimidad y sin discusión alguna. En cuanto Jorge lo propuso todos lo vieron correcto.

Andrés se dio cuenta de que para salirse con la suya no le quedaba otra que reafirmarse de manera pueril. Dani nunca había podido negarse ante sus planteos.

—Si no cerramos con *Paloma* no contéis conmigo. Con la voz no creo que tengáis problema porque tú mismo puedes cantar, pero a ver dónde encontráis un guitarra que pueda tocar todas las canciones a estas alturas de la tarde.

El gesto de Dani al oír las palabras de su amigo y compañero fue más de decepción que de otra cosa. No le resultó sorprendente, era la salida habitual de Andrés cuando se veía acorralado. Lo hacía desde pequeño cuando sabía que de ese modo llevaba las de ganar. Cuando eran críos y jugaban al fútbol, si el balón era suyo los equipos se formaban con las alineaciones que él dictaba, y tomaba la decisión final en todas las jugadas polémicas. Si no se le daba la razón se llevaba el balón. Cuando fueron haciéndose

mayores y salían los dos juntos solos a tomar algo, si no se iba donde él quería, se marchaba a su casa. Y no era ningún farol, cuando pese a todo no conseguía convencer a la gente, cumplía su amenaza, fastidiando la diversión y los planes de todos. Los años pasaban y Dani siempre esperaba que madurara y abandonara esa actitud, pero de vez en cuando le sorprendía con una nueva decepción.

Una vez más tuvo que resignarse de mala gana.

—De acuerdo, lo haremos exactamente como tú quieras. Como siempre.

Andrés se sintió satisfecho por haberse salido con la suya, pero por otro lado no le gustaba ver a Dani molesto con él. Las dos últimas palabras de este le habían hecho sentirse mal, aunque no lo suficiente como para cambiar su postura. Trató de congraciarse con él a su manera.

—Como siempre no, Dani. Sabes que eso no es así.

Dani le interrumpió.

—Sí, es así, Andrés. Desde que éramos pequeños, y lo que me entristece es que no cambies. Para conseguir lo que quieres prefieres enfrentarte con tus amigos, a los que llevamos toda la vida contigo, poniéndoles en una situación incómoda, antes que ser un buen compañero.

Se hizo el silencio entre ambos durante unos instantes antes de que Dani finalizara su alocución.

—Espero que cambies algún día, Andrés. Lo espero de verdad, te aprecio mucho y no me gustaría verte acabar solo. Es a lo único a lo que te va a llevar esa actitud.

Dichas estas palabras dio media vuelta y volvió a dirigirse al escenario. Anunció al resto de la banda que cerrarían con *Paloma*. Estos recibieron la noticia pragmáticamente.

Las frases de Dani hicieron pensar a Andrés, aunque no durante demasiado tiempo. En apenas unos segundos volvía

a encontrarse satisfecho y lleno de esperanzas ante la noche que se avecinaba.

3

Llegó al lugar del concierto, pero era demasiado temprano. Hubiera preferido hacerlo cuando hubiera más gente, cuando el concierto estuviera a punto de empezar y aquello estuviera lleno, pero a esa hora apenas había cuatro personas allí tomando copas. El ambiente en esos momentos era bastante pobre.

Decidió que no pasaba nada por quedarse allí esperando. Tomaría una o dos copas para hacer tiempo. Se acercó a la barra, colocando el estuche con la guitarra en su interior en el suelo y pidió una jarra de cerveza. Empezó a beber tranquilamente.

Allí sentada empezó a mirar alrededor. No veía espacio para realizar un concierto, quizá se había confundido. Decidió preguntar al hombre tras la barra.

—Disculpe, ¿es aquí el concierto de un grupo llamado Albiceleste?

—Sí, empieza en poco más de una hora, ha llegado usted temprano. En los conciertos de estos grupos *amateurs* el público suele llegar siempre a última hora.

Volvió a examinar el bar con gesto de extrañeza.

—¿Dónde se coloca la banda? ¿Retiran mobiliario para hacer hueco?

—No, mujer. ¿Ve usted esa puerta de allí?

El camarero señaló una puerta cerrada en un rincón que no había advertido.

—Sí, la veo.

—Tras ella hay una escalera ascendente. La sala de conciertos está en el piso de arriba. Está insonorizada para evitar molestar a las viviendas adyacentes.

—De acuerdo, gracias.

Siguió bebiendo su copa. El camarero se dirigió de nuevo a ella.

—¿Se dedica usted a la música?

—No, ¿por qué?

—Entonces, ¿por qué va portando una guitarra?

El camarero señaló el estuche colocado en el suelo. Casi lo había olvidado.

—Ah, eso. Es un regalo para un amigo.

—¿Para alguien de la banda?

Aquella conversación debía ser interrumpida inmediatamente. Bebió la mitad que aún quedaba en el interior de la jarra de cerveza de un trago y la puso de nuevo sobre la barra procurando que el golpe fuera sonoro. Después habló al camarero con una sonrisa que incomodó a este.

—¿Puede ponerme otra, por favor?

El camarero la miró con cara de extrañeza. Captó el mensaje, la clienta no quería seguir conversando. Retiró la jarra usada y llenó una limpia para servírsela. Tras hacerlo se alejó de allí.

Empezó a beber su segunda jarra de cerveza cuando oyó un ruido procedente del rincón donde se encontraba la puerta que daba acceso al piso superior. Vio salir a un muchacho que después se dirigió a la barra y se apoyó en esta, a su lado.

Se fijó en su rostro. Le habían mostrado fotos del tal Andrés para reconocerlo con facilidad. No era él, aunque si había salido por aquella puerta seguramente formaría parte del grupo, que a aquellas horas debía estar en el piso superior con los últimos preparativos para el concierto.

El chico pidió una jarra de cerveza. Se le veía un poco alterado. Decidió curiosear.

—Te veo agobiado, muchacho.

El chico la miró y rio mientras tomaba el primer sorbo de su jarra.

—Creo que estoy más molesto que agobiado.

—Pues antes de un concierto deberías estar relajado si quieres que las cosas salgan bien.

—Por eso la cerveza.

El chico señaló con gesto divertido la jarra y la hizo sonreír.

—Estás en tu pleno derecho de decirme que no es asunto mío pero ¿qué es lo que te molesta?

El chico respondió tras otro largo sorbo. Bebía rápido. A esas alturas apenas le quedaban dos dedos de cerveza.

—Nuestro cantante a veces puede ser un auténtico imbécil.

Arqueó las cejas en un gesto que mostraba que entendía a qué se refería. Definitivamente estaba en el sitio correcto. El chico finiquitó su bebida. Dejó sobre la barra la jarra vacía y empezó a rebuscar en los bolsillos el dinero para pagarla. Le tocó el brazo para detenerle.

—No te preocupes, yo te invito. Tú procura relajarte y darnos un buen concierto.

La miró, extrañado por un momento, antes de sonreírle.

—Muchas gracias, intentaremos que la gente disfrute.

—Seguro que sí.

Se despidieron amigablemente. El chico desapareció tras la puerta. Ella siguió bebiendo de su segunda jarra de cerveza.

El escenario tenía un telón que les ocultaba mientras ultimaban los preparativos para empezar a tocar. Al otro lado de la cortina se escuchaba el murmullo de la gente que se había acercado a escucharles. La mayoría de ellos amigos y familiares, aunque solía haber algún curioso. A ellos les gustaba imaginar que entre el público siempre se encontraba algún cazador de talentos que podía quedarse deslumbrado con su buen hacer. Soñar no costaba nada.

Habían pasado ya dos minutos de la hora fijada para el comienzo. No importaba demasiado, ya que rara vez los conciertos, sean profesionales o no, comienzan con puntualidad. Sin embargo, eso no quería decir que no se tuvieran que dar prisa en empezar. Ya estaban todos preparados, menos Andrés, que aún no había tomado su guitarra y miraba a través de la apertura entre las dos mitades del telón hacia el público, obviamente buscando a alguien cuya identidad todos sabían. Se miraron unos a otros antes de que Dani resoplara y se dirigiera a él.

—Andrés, hay que empezar ya.

—Un momento.

Ni siquiera se volvió para contestar. Se miraron unos a otros. El comportamiento de Andrés aquel día estaba siendo realmente exasperante.

—Ahí está.

Fue lo último que dijo antes de desaparecer entre las cortinas dejándoles solos. Dani se acercó a mirar tras el telón para ver dónde iba. Había bajado del escenario, esquivando a todos aquellos asistentes que le conocían y pretendían saludarle y le preguntaban cuánto tiempo faltaba para el comienzo, atravesando la multitud, hasta llegar al lugar

donde se encontraba una chica, Paloma. Andrés se acercó a ella.

—Vaya, al final has venido.

—Sí, he tardado un poco porque me surgieron unos asuntos, pero te dije que vendría y aquí estoy.

—Me alegro mucho.

Se lanzó con gran velocidad hacia su mejilla, donde le plantó un beso. Paloma se sorprendió, pero sonrió divertida.

—Pensaba que ya habríais empezado a esta hora. ¿Hay algún problema?

—Ninguno, únicamente te estábamos esperando a ti.

Andrés le sonrió y su pose y tono pretendieron ser una parodia de galantería. Paloma rio.

—Anda, empezad a tocar ya que el público empieza a impacientarse.

—Vale, empezaremos ya, pero sólo si me prometes una cosa.

—¿Qué te tengo que prometer?

—Que te quedarás hasta el final del concierto.

Paloma arqueó una ceja y sonrió.

—¿Y si no me gusta la música? ¿Me tengo que quedar aquí sufriendo la tortura hasta que acabéis?

Andrés torció ligeramente el gesto. No terminaba de entender si el comentario iba en serio o en broma.

—Por favor, sólo quédate hasta el final.

—De acuerdo, me quedaré hasta el final.

Andrés sonrió de oreja a oreja. Volvió a darle un beso en la mejilla que Paloma no vio venir.

—Estupendo.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el escenario de nuevo. Apenas había caminado unos pasos cuando se detuvo y miró de nuevo a Paloma.

—Después del concierto vamos a tomarnos unas copas, ¿te apuntas?

Paloma meditó un momento su respuesta antes de darla.

—Ya veremos.

Andrés sonrió.

—De acuerdo.

Se dirigió al escenario.